

SANTA MACRINA²

Así terminaba su oración y su vida

Cuanto más presente Macrina que su muerte biológica se aproxima (hacia el final de la jornada, lo cual es también todo un símbolo), más prisa tiene de ir a su Amado. Su cama está vuelta al Oriente. Los primeros cristianos ubicaban el Paraíso en el Oriente; y nosotros esperamos el regreso de Cristo del Oriente, pero también la venida de los ángeles que acogen el alma de los justos y la conducen al paraíso de Dios. Pacomio ve en el Oriente el alma de un hermano llevado a los ángeles, Macrina contempla hacia el Oriente la belleza del Esposo, con los ojos incesantemente puestos en él³. Surge entonces de su corazón y de sus labios su oración⁴, que les propongo estudiar de manera guiada a continuación. Mientras dice esta oración, Macrina traza una cruz sobre su boca, sus ojos, su corazón: protección de todo su ser contra los demonios. Luego manifiesta el deseo de decir la *Oración de la Eucaristía del Lucernario*, es decir, la gran oración de la tarde. Lo hace por medio de gestos y en su corazón, ya que no puede hablar más por la fiebre. Esta oración termina con una signación, *mientras que en un profundo suspiro cesan su oración y su vida*⁵. Esta manera de presentarnos la muerte de Macrina quiere decir que toda su vida se había convertido en oración, toda su vida se había convertido en liturgia: liturgia en el sentido fuerte, amplio, no como cumplimiento de ritos, sino significando que nada de su vida escapaba a la “liturgia”, a la obra de Dios. Nada queda excluido de la liturgia. Atención, esto no quiere decir que todo lo que hacemos es ritual, de ninguna manera, sino que quiere decir que nada queda excluido de nuestra vida cristiana: *Todo es de*

¹ Monja de la Abadía Notre-Dame de Venière, Boyer, Francia.

² Traducido de *Liturgie*, Junio 1999. Traducción de la M. María Isabel Guiroy, osb, del Monasterio Nuestra Señora del Paraná, Aldea María Luisa, Entre Ríos, Argentina.

³ Cf. GREGORIO DE NISA, *Vida de Macrina* (en adelante citado como *VM*), 23,1.

⁴ Cf. *VM*, 24.

⁵ Cf. *VM*, 25.



ustedes, pero ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios.

Gregorio nos presenta la vida de Macrina como una liturgia eucarística: Macrina prepara el pan, unge sus manos para las cosas sagradas, ofrece a los demás y a sí misma, hace memoria de las *magnalia Dei*, llama a la santificación (*epiclesis*), y muere durante la eucaristía del lucernario. Ustedes saben que esta forma de muerte, fin de la oración y fin de la vida, es un lugar común totalmente habitual en los relatos cristianos de ese tiempo, (cf. Gregorio de Nacianzo, en oportunidad del fallecimiento de su padre, de su madre y de su hermana Gorgona).

Macrina consagraba sus manos al servicio litúrgico⁶. ¿Qué quiere decir esto? Tal vez preparaba, como muchas vírgenes de su época, como lo indica el P. Daniélou⁷, el pan eucarístico. Seguramente, en todo caso, lo recibía en sus manos, que por ello estaban unguidas (Cristo) y por lo tanto consagradas para todas las ocupaciones de la jornada. Así, por otro lado, hacemos nosotros hoy en día en nuestras comunidades.

¿Cuáles eran las ocupaciones de Macrina durante la jornada? Leamos a Gregorio⁸:

- Meditar las realidades divinas, orar sin cesar, cantar himnos día y noche;
- y, accesoriamente, realizar las tareas indispensables de las que nos preocupamos en esta vida.

Como ven, no se les deja a los esclavos y a los sirvientes el cuidado de los trabajos materiales. Las tareas se realizan en conjunto.

Macrina fue impulsada desde su juventud a meditar las realidades divinas. ¿Acaso no aprendió a leer y escribir en las Escrituras? Practica también la oración continua, así como el canto ininterrumpido de los himnos y de los salmos, repartidos igualmente de día y de noche, tanto que estas ocupaciones eran a la vez, para ella y para sus compañeras, su trabajo y su descanso después del trabajo.

⁶ Cf. *VM*, 5.

⁷ Jean DANIELLOU, *La Maison-Dieu* 61, 1960, p. 88.

⁸ Cf. *VM*, 11,2.

Trabajo/descanso; trabajo/distensión: vacar a Dios, vacaciones en Dios, descanso en Dios. La labor de la salmodia y del canto de los himnos es fuente de energía, refección. En este sentido, la vida en Annisa es una vida “angélica” porque los ángeles alaban a Dios sin cesar (12,28; 15,24).

Primacía dada siempre al Oficio divino. Macrina, enferma, sabiendo que es la última vez que dialoga con su hermano, interrumpe su intercambio espiritual (diálogo que es de hecho una *anamnesis* de las *Magnalia Dei*) cuando escucha el comienzo del Lucernario. Inmediatamente envía a su hermano a la Iglesia, mientras que ella misma se refugia junto a Dios en la oración. Al final de su oración, se persigna y *cesan entonces su oración y su vida*⁹.

En lugar de buscar todas las huellas de “liturgia” en la vida de Macrina, lo cual sería fastidioso, quisiera mirar con ustedes dos “celebraciones litúrgicas”:

*a) La acogida de un huésped*¹⁰: Cuando Gregorio, ya obispo, llega a Anissa para ver a su hermana enferma, el grupo de hombres (monjes instalados por Basilio más lejos, en la inmensa propiedad familiar) va a su encuentro, mientras que el coro de las vírgenes, ubicadas en orden junto a la Iglesia, espera allí la entrada de Gregorio. Gregorio entra, ora, da la bendición a las vírgenes que se inclinan.

Cuando un huésped llega al monasterio o a una fraternidad basiliana, se comienza por ir a la iglesia. Es una costumbre muy bien atestiguada en el s. IV en el Oriente. La encontraremos más tarde, por ejemplo en la *RB*. Es una costumbre universal.

b) La liturgia de los funerales: Un hecho relatado por Gregorio me parece que muestra bien que la liturgia impregna toda nuestra vida: en el momento de la muerte de Macrina, se entonan cantos fúnebres. Macrina¹¹ había fijado un tiempo para las lágrimas, prescribiendo llorar en el momento de la oración, pero había especificado que esas lágrimas no debían ser ni gemidos ni quejas. Dicho de otra manera, hay un tiempo para todo, un tiempo para llorar, un tiempo para dar gracias. Pero el

⁹ Cf. *VM*, 25.

¹⁰ Cf. *VM*, 16.

¹¹ Cf. *VM*, 27.

hecho de que haya un tiempo para todo no quiere decir que se puede hacer todo de cualquier manera. Se puede expresar la pena en la liturgia (cf. el canto de los salmos, por ejemplo). Jesús también lloró. Lloramos, pero no nos quejamos.

Bajo la dirección de la maestra de coro, Lampadion, las vírgenes salmodian “porque las salmodias adormecen los cantos de duelo”, dirá Gregorio de Nacianzo¹². Pasan la noche cantando himnos, como para los mártires. Este rasgo litúrgico es equivalente al martirio... ¡cuando se ha sido fiel hasta el final! Es por eso que la celebración de un jubileo, o de los funerales de una monja, es más grande que la profesión monástica: la profesión es grave, es una promesa para todo el futuro. La muerte de una monja, es la promesa cumplida.

La salmodia se canta en dos coros: un coro femenino: las monjas de Annisa y las demás mujeres (porque asiste una multitud numerosa, no sin perturbar a veces la salmodia) y un coro masculino: los monjes y los demás hombres. Estos coros cantan, ya sea alternándose o juntos, *perfectamente homogéneos gracias a una melodía común a todos*¹³.

El cortejo fúnebre se pone en marcha hacia la iglesia, ubicada más o menos a un kilómetro y medio, allí donde descansan los padres de la difunta. Lo conduce el Obispo Arexios, a quien Gregorio abre la ruta. De este cortejo sabemos esencialmente que la multitud, muy grande, resultaba molesta: se tarda todo el día para realizar ese pequeño recorrido. Se trata de una verdadera procesión litúrgica, con diáconos, clérigos inferiores, cerofentarios, etc. Durante todo ese trayecto, se salmodia, como los tres jóvenes en el horno, a una sola voz, con una sola boca, dice el texto de *Dn* 3,51. En el momento de la apertura de la tumba, una virgen y luego varias comienzan a gritar; se produce una confusión. Finalmente Gregorio pide silencio, el cantor invita a la oración y el pueblo se recoge. Como las vírgenes prudentes (*Mt* 25), el cortejo va al encuentro del Esposo, el rostro de Macrina es *deiforme*.

Para el entierro, notemos una costumbre bíblica que se practicaba entonces: para que no se descubra la desnudez de los padres (¡muertos hacía tiempo!), –a los griegos les repugnaba ver esos espectáculos– se cubrían sus cuerpos (¡lo que quedaba!) con una mortaja nueva (cf. *Gn*

¹² GREGORIO DE NACIANZO, *PG* 35,773 C.

¹³ Cf. *VM*, 33.

9,25; *Lv* 18,7) y se deposita a Macrina junto a su madre, según la voluntad común de ambas.

La Sagrada Escritura en la vida de Macrina

“Todo lo que, en la Escritura inspirada por Dios aparece como más accesible en la primera edad, constituía el programa de la niña. Ante todo, la Sabiduría de Salomón y, preferentemente en ese libro, lo que contribuye a la vida moral. Ella no ignoraba tampoco nada del Salterio y recitaba cada una de sus partes en momentos determinados de la jornada; al levantarse de su lecho, al comenzar su trabajo o al terminarlo, al tomar sus comidas y al levantarse de la mesa, cuando iba a acostarse o cuando se levantaba para orar. En todas partes guardaba consigo la salmodia, como una compañera fiel que no falta ni un instante”¹⁴.

Hoy en día, se habla mucho de los estudios, de los libros, de las bibliotecas, de los diplomas... La educación de Macrina fue realizada totalmente por medio de la Sagrada Escritura y, por su parte, Basilio, el hermano menor de Macrina, será formado inicialmente por la Escritura; de allí la abundancia de citas y referencias a los textos sapienciales en los escritos de Basilio. Pedro, el más pequeño (que se convertirá en Obispo de Sebaste), también será formado de esta manera. Macrina lo educa y lo hace acceder a la más elevada cultura, ejercitándolo desde la infancia en las ciencias sagradas¹⁵.

En la Escritura encontramos todo. Los antiguos nos muestran que la Escritura es una puerta de entrada en el conocimiento universal. Aprender a leer y a escribir, a comprender, descubrir la historia, las ciencias naturales, la cosmología, las matemáticas, la medicina, el simbolismo de los números y, sobre todo, la Sabiduría que es Cristo. Efrén también (¡y por no citarlo más que a él!) será alimentado desde su más tierna edad por la meditación de las sagradas Escrituras.

La educación de Macrina y de sus hermanos comienza, pues —cuando ellos son todavía pequeños—, por los libros sapienciales y el salterio. Dicho sea de paso, Macrina recitaba el salterio entero todos los días;

¹⁴ *VM*, 3.

¹⁵ Cf. *VM*, 12.

ni un instante le faltaba; lo cual quiere decir que lo conocía de memoria (memorización por el corazón). Encontraremos lo mismo en la *Carta* 107 (4 y 12) de Jerónimo a Leta, con respecto a la pequeña Paula: que su lengua, todavía tierna, esté impregnada por la dulzura de los salmos... Que aprenda en primer lugar el salterio. En la *Regla*, san Benito encarga como primera tarea a los jóvenes hermanos que estudien el salterio.

Pero la práctica escriturística de Macrina no se detiene en el Antiguo Testamento. Macrina vive la Vida filosófica; ahora bien, como bien saben, El Filósofo es Cristo. Esta vida filosófica que se vivía en Annisa es la vida evangélica vivida en su absoluto. En efecto, por una parte responde a los llamados de Pablo en su Carta a los Colosenses: *Pero ahora es necesario que acaben con la ira, el rencor, la maldad, las injurias y las conversaciones groseras (Col 3,8)*, o a san Pedro que dice a sus cristianos: *Que cada uno se revista de sentimientos de humildad para con los demás, porque Dios se opone a los orgullosos y da su ayuda a los humildes (1 P 5,5)*. Encontramos por otra parte muchos otros pasajes neotestamentarios semejantes. En cuanto a la descripción que hace Gregorio, ¿no es, en su estilo propio y característico de esa época, el signo del pasaje del hombre viejo al hombre nuevo? (cfr. *Col* 9,3 ss.).

Gregorio nos presenta algunos episodios de la vida en Annisa como verdaderamente evangélicos, probablemente para establecer bien el vínculo entre la vida monástica y el seguimiento de Cristo, la imitación de Cristo. Por ejemplo el hecho de que en un día de hambre, Pedro procura tantas provisiones a la multitud de los visitantes —atraída por la reputación de beneficencia del monasterio— que *hizo que el desierto se asemejase a una ciudad*¹⁶; esto no deja de recordarnos la multitud que acudía junto a Jesús, por ejemplo en *Mc* 1,5, pero también la ocasión de la multiplicación de los panes (*Mc* 6,31-44) e igualmente las curaciones. Gregorio quiere demostrar que el ideal de la filosofía es la perfección de la vida cristiana y que el seguimiento de este ideal es el seguimiento, no de una abstracción, sino de una persona: Cristo.

Cristo en la vida de Macrina

La vida de Macrina es una ascensión mística hacia Cristo. Encontramos allí los mismos “escalones” espirituales que en la *Vida de*

Moisés, aunque aquí están presentados en otra forma.

Los milagros realizados por Macrina

En su epílogo¹⁷, san Gregorio alude a numerosos milagros realizados por Macrina, milagros en diversas formas: curación de enfermedades, expulsión de demonios, alusión a un milagro realizado en tiempo de hambre; pero no relata en detalle todos estos milagros, pensando que la santidad de su hermana ya está bien establecida sin que valga la pena agregar nada. Así, durante el relato de la vida de Macrina, sólo se informa sobre dos milagros. Uno concierne a la misma Macrina, el otro a un niño, y este milagro es el fundamento, para Gregorio, de una enseñanza filosófica (= monástica). Estos milagros no están elegidos al azar por Gregorio. En efecto, si recordamos los milagros en una Vida, es para mostrar la similitud entre el santo y Cristo. Los milagros se eligen pues según el criterio riguroso de la referencia escriturística; aquí: curación de un ciego y unción en la fe.

– *El milagro que se refiere a Macrina*. Este milagro surge luego del fallecimiento de Macrina, cuando Gregorio y Vetiana, una de las vírgenes de Annisa, van a cubrir el cuerpo de Macrina. En efecto, Vetiana relata entonces a Gregorio que su hermana tenía en otro tiempo un grave tumor en un seno y se negaba a hacerse tratar, a pesar de las exhortaciones de su madre. En un momento en que estaba en oración en el santuario, hizo barro con sus lágrimas y se lo colocó en el tumor. Su madre seguía insistiendo para se hiciera tratar, y Macrina la invitó a hacer el signo de la cruz sobre su mal. Ella lo hizo. El tumor desapareció, dejando sólo una marquita *en memorial de la intervención divina y como motivo de acción de gracias*¹⁸.

A través de este relato se nos aparece la profundidad de la fe de Macrina. La misma estructura de este texto no deja de recordarnos las curaciones evangélicas realizadas por Jesús: *Ve, tu fe te ha salvado*.

– *El milagro de la hija del militar*. El relato de este milagro es maravilloso¹⁹ porque es un permanente ir y venir de la vida filosófica a la enfermedad de la hija de un militar. En efecto, este militar y su mujer fueron a Annisa para ver a Macrina y visitar el monasterio. Trajeron con ellos a su hijita que sufría de un ojo por una enfermedad infecciosa. El militar

¹⁷ Cf. VM, 39.

¹⁸ Cf. VM, 31.

¹⁹ Cf. VM, 37-38.

visita el monasterio de los hombres (guiado por Pedro, el hermano de Macrina y de Gregorio), mientras que su esposa visita el monasterio de las mujeres (guiado por Macrina). En el momento de su partida, como signo de amistad, reciben la invitación –cada uno en el monasterio respectivo– para participar en la mesa filosófica. La niña está con su madre. Macrina la toma en sus rodillas, se da cuenta de su enfermedad y le promete a su madre una recompensa, ya que ha venido a la mesa filosófica; le da un colirio para curar la enfermedad de los ojos.

Después del banquete, el matrimonio vuelve a su casa y en el camino se dan cuenta de que se han olvidado el colirio. En ese mismo instante, descubren que la niña está curada. La mamá comprende entonces que **el verdadero colirio es la oración, remedio divino**. El militar toma entonces a la niña en sus brazos y se acuerda de todos los milagros del Evangelio; su fe los ha salvado.

Como decíamos antes, estos dos milagros son muy evangélicos; su base común es la **fe**; y están relatados con un estilo voluntariamente imitado de los sinópticos (cf. *Lc* 7,21; 4,40, etc.).

Toda la vida de Macrina es una carrera hacia Cristo y con Él. Y esto nos recuerda el *De Instituto Christiano* de Gregorio.

Gregorio, y esto nos dice mucho del carácter de Macrina, compara a su hermana con un corredor que llega cerca de la meta, habiendo superado a su adversario, anuncia ya su victoria, ve la corona del vencedor y dirige su mirada al premio de la llamada de lo alto. Macrina vive como atleta de Cristo. Su seguimiento de Cristo es una liberación progresiva a fin de *verLo*.

¡Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios!

Cristo es su Amante. Macrina sentía un divino y puro amor por Cristo, su Esposo invisible. Alimentaba este amor en lo más íntimo de su ser. Su corazón estaba totalmente animado por el deseo de apresurarse hacia su Amado, para estar lo antes posible con El, una vez liberada de los vínculos de su cuerpo: *En verdad, era hacia su Amante al que se dirigía su carrera, sin que ninguno de los placeres de la vida distrajera su atención*²⁰.

Fascinada por Cristo, contempla en Él la Belleza del Esposo y tiene los ojos fijos en Él sin cesar. Muere como *ha vivido, vestida como una novia adornada para su esposo* (Ap 21,9; § 32).

Resplandeciente de luz, incluso con un vestido oscuro, Macrina es revestida de Luz, como Adán y Eva en el origen, antes de la aventura de las túnicas de piel. Como Cristo, Macrina vive para Dios (*vivit Deo*: Rm 6,10). Macrina se ha convertido en Luz, como su Creador. Su vida no ha sido más que una ascensión hacia Cristo. La meta de la carrera: un Rostro: el del Amado.

Conclusión

La vida de santa Macrina es un **progreso** constante. La persecución del ideal filosófico es una **ascensión mística**: en efecto, liberarse de las pasiones, es decir, dominarlas, es estar crucificado con Cristo, clavar su carne por temor a Cristo; es purificar su alma a fin de que sea encontrada sin mancha delante de Dios²¹ y acogida por Él. Los valores puestos en evidencia por la vida filosófica son también: la **virginidad**, la **pobreza** (*la pobreza es la nodriza de la filosofía*, escribirá Basilio, *Carta IV, PG 32,236G*); pobreza que es renuncia a una carrera, a los hábitos del lujo y voluntad deliberada de igualdad con los pobres. De allí el sentido profundo del **trabajo**; todos estos valores no son un fin en sí, la meta es CRISTO. Por eso vamos hacia él en la vida “inmaterial”, que se llamará también **vida angélica**. ¿Qué quiere decir? ¡Es un lenguaje de sabor platónico! Los ángeles son los que ven sin cesar el rostro de Dios; por la contemplación, Macrina vive en la sociedad de los ángeles, *caminando en las alturas con las potencias celestiales*²².

Después que Cristo se sentó a la derecha del Padre, en su humanidad resucitada, los hombres se convirtieron en ciudadanos de los cielos: hemos ascendido al cielo con Cristo, hemos nacido a la vida nueva. Esto es una verdad **ontológica**, no moral.

El bautismo nos ha hecho habitantes del cielo: *Con Cristo nos resucitó y nos hizo sentar con él en las regiones super-celestiales* (Ef2, 6). Estamos allí, **somos conciudadanos de los ángeles**, tenemos derecho de ciudada-

²¹ Cf. VM, 24.

²² Cf. VM, 11.

nía en el cielo. Nuestra pertenencia a la ciudad celeste nos libera ontológicamente del dominio de la ciudad terrena para ubicarnos bajo otra jurisdicción, en otro cuerpo político. Pero ¡todavía estamos en la tierra! Sí, es cierto, pero no somos más de la tierra, *somos extranjeros en la tierra* (cf. *Hb* 11,13). Por el sacramento, el *mysterium*, las realidades del cielo se comunican en lo sensible, se ubican en el tiempo, gracias a lo cual no somos transportados al cielo por el éxtasis, como Plotino, sino ontológicamente.

Conciudadanos de los ángeles: quiere decir enfrentamiento con el demonio, el ángel caído, el ángel cuya envidia no deja de ejercerse sobre los que se han convertido en conciudadanos de los ángeles, lo que, aun perteneciendo a los hombres, siendo solamente hombres, poseen los derechos que los demonios han perdido. Ellos, que son ángeles tan superiores al hombre por naturaleza. De allí el lugar del **combate espiritual**, que es una realidad frente a la cual no debemos taparnos la cara, aun cuando se hable muy poco de él en nuestros días. Este combate espiritual es el antagonismo indisoluble en nosotros entre el deseo de Dios y las desviaciones del pecado. Este combate es la misma obra de Dios en nosotros. Se inscribe en toda la tradición cristiana y por lo tanto monástica por excelencia. Mientras haya monjes, lucharán contra los demonios, sea cual sea la forma que tengan según las épocas. Los monjes no son ángeles. Son hombres. Son atacados como ciudadanos de la ciudad de los ángeles.

La **ascesis** necesaria para liberarse de las túnicas de piel —es decir para dominar las pasiones (que son neutras en sí mismas)—, así como la **penitencia**, no son solamente medios reales concretos; son un signo: el **signo de la libertad** del monje con respecto a la vida terrena: no somos ya tributarios de los elementos del mundo.

– Si **ayunamos**, es porque el hombre no vive solamente de pan (*Lc* 4,5).

– Si **medimos la bebida**, es porque conocemos otras fuentes de agua viva distintas de las de la tierra (cf. *Jn* 14,14).

– Si **medimos el sueño**, es porque somos ciudadanos de una ciudad cuya luz es la gloria de Dios (cf. *Ap* 21,23) y que desconoce el ocaso.

– Si nos **abstenemos de relaciones sexuales** y practicamos la castidad es por que habitamos ya con los ángeles en el reino donde uno no se casa (cf. *Mt* 22,30).

En el Reino de los Cielos no ocuparemos ya nuestras fuerzas vitales en el alimento, la bebida, el sueño... el aliento de Dios será (y lo es ya) nuestra vida. Cristo es nuestro alimento y nuestra bebida.

La **pobreza** cristiana, monástica, adquiere todo su sentido en esta perspectiva: Adán en el paraíso, no poseía las cosas por derecho natural sino por don de Dios. Su pecado fue la avaricia: querer apropiarse, poseer, la ciencia del bien y del mal, sin recibirla de Dios. De golpe, rompió el vínculo vivo que lo relacionaba con Dios. Cristo, el nuevo Adán (cf. *Carta a los Romanos*, pero sobre todo *Tratado sobre la creación del hombre*²³), viene a rehacer en sentido inverso el camino que hizo Adán: se negará a utilizar para sí mismo un poder que le ha sido dado por naturaleza.

La vida monástica no es una simple vuelta al paraíso, es entrada en la ciudad de los ángeles, en el Reino de Cristo, donde todo ha sido restaurado, donde el orden es restablecido.

Poco a poco, todo nuestro ser, como el ser de Macrina, es **deificado**. Mientras estamos todavía en la tierra, participamos de la cruz de Cristo y al mismo tiempo exultamos con los ángeles. Vivimos en los dos mundos a la vez. La misión del monacato en la Iglesia es la de tener abierta la puerta de comunicación entre el cielo y la tierra, la puerta a través de la cual entran y salen los ángeles, la puerta a través de la cual la Iglesia asiste y participa en la liturgia y en la vida de la ciudad celeste.

La oración final de Macrina y el contexto litúrgico de sus últimos instantes, explicitan muy bien el sentido cristiano de su itinerario; la persecución del ideal filosófico, la vida angélica, que no es sino una ascensión mística hacia Cristo.

Abbaye Notre-Dame de Venière
F-71700 BOYER
Francia

²³ GREGORIO DE NISA, *Tratado sobre la creación del hombre*.